

El talento, en el destierro

JOSÉ S. CARRIÓN
CATEDRÁTICO DE LA UMU



Hace unos días mantuve una conversación con mi colega, el ecólogo Jordi Bascompte, que deja la Estación Biológica de Doñana (CSIC, Sevilla) para marcharse al Instituto de Biología Evolutiva y Estudios Ambientales de la Universidad de Zürich. Bascompte se suma así al éxodo de científicos célebres que abandona España, como Carlos Duarte, ya establecido en la Universidad Rey Abdullah de Arabia Saudí, y Oscar Marín, que ahora lidera el Centro de Neurobiología del Desarrollo en el King's College de Londres. Tanto Duarte como Bascompte fueron premios nacionales de Investigación y, tanto Bascompte como Marín, únicos editores españoles de 'Science', se llevan consigo un sustancioso proyecto del Consejo Europeo de Investigación, con casi dos millones de euros de presupuesto. A Vicent Mateu, el Premio Nacional de Física 2014 le ha pillado en Viena después de peregrinar por el MIT de Massachusetts y el Max Planck de Múnich.

Me comenta Jordi que continuar en España significaba hacerse cómplice del sinsentido y que no podía soportar más tiempo el «corralito» impuesto por el CSIC sobre los proyectos de investigación. A estos niveles ha llegado la rigidez administrativa de esta burocracia inoperante con que el Ministerio de Hacienda y Administraciones Públicas asfixia la actividad científica en este país. Porque, ante el éxodo de estos y otros científicos prominentes, la reacción de las autoridades denota una total ausencia de autocrítica. Negando el problema, se insinúa que se marchan por un cheque, mientras se practica una utilización torticera de los datos para sugerir que el fenómeno es inherente a la movilidad esperable en esta profesión. La desafortunada intervención del presidente del CSIC, afirmando que la fuga de cerebros era una «leyenda urbana exagerada» ha provocado que la Asociación para el Avance de la Ciencia y la Tecnología haya promovido una campaña ('Yo también soy una Leyenda Urbana') con más de 130 investigadores que afirman sentirse insultados.

Me alegro de que Jordi Bascompte se instale en Zürich porque me consta que tendrá la opción de nutrir su genio creativo y ayudarnos a comprender mejor el maravilloso planeta en el que nos hemos hecho como especie en una red interactiva de 3.800 millones de años de historia evolutiva. Las mejores universidades (públicas o privadas) y cen-

tros de investigación no toleran que haya entornos desmotivadores para sus científicos. Aquí, nuestros gobernantes, obsesionados con la intervención y los planes estratégicos, acaban siempre por crear fragmentación del tiempo y frustración en nuestra necesidad de saber. Hay un exceso de planificación que ciega el oportunismo y encorseta las acciones. La ciencia, como el amor, exige aventura, incertidumbre y azar. Y solo se puede amar algo desde la atalaya de la libertad. Se desconoce casi siempre que la libertad de un científico estriba en la posibilidad de jugar con la seriedad con que juegan los niños. Me apena, pues, que la libertad de Jordi, como la de tantos otros, quede garantizada solamente fuera del país de mis padres y mis abuelos, porque tengo en mi corazón su lucha por la dignificación colectiva.

La ciencia, levadura del futuro, puede salvarnos del virus de la ignominia, pero me temo que en el crepúsculo de la crisis europea, los nuestros nos conducen a una época de tinieblas. Predicadores de la excelencia que imponen una democracia de cartas trucadas, no van a capitular ante este éxodo, pues se tienen por autoridad sacrificada. Ocultos tras la máscara de la prevalencia normativa mientras no cesan de habilitar argumentos a favor del error, aplican continuamente el principio de «quien paga manda». Son el «Estado benefactor» que se sabe necesario y precisa científicos sumisos y mediocres que permitan que sus vidas se hagan protocolarias y controlables, a ser posible con un contingente adiestrado para controlar a los insurrectos. Y al final, código presupuestario en mano, han programado una ciencia prostituta a la que tener en la calle cuando aprietan las necesidades, pero bien lejos de las concurridas vías comerciales por donde se mueven el dinero y las personas decentes.

Vivimos en un país donde el valor ha dejado de tener valor y los que se la juegan siempre pierden, mientras los privilegiados que infectan nuestra crónica de insensatez andan por foros palaciegos repartiéndose cargos y portadas del escaparate nacional. Aquellos que han usurpado una opción gratuita al éxito científico acumulado, nos destinan mendicantes a las puertas del Hospital de la Misericordia en esta extraña simbiosis de universo galdosiano con posmodernismo orwelliano. «No puedo vivir en este país, pero este país vive como un veneno dentro de mí». (Gunnar Ekelöf).